

**UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO**  
**Carrera de Psicología**

**LA AGRESIVIDAD EN LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA TEMPRANA:  
REFLEXIONES EN TORNO A LOS APORTES DE FREUD Y WINNICOTT**

**Profesora Guía : Maritza Quevedo Rojas**

**Profesor Informante : José Ignacio Schilling**

**Alumno : Antonio Ortega Campos**

**Tesina para optar al grado de Licenciado en Psicología**

**Santiago, Enero 2017**

**UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO**  
**Carrera de Psicología**

**LA AGRESIVIDAD EN LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA TEMPRANA:  
REFLEXIONES EN TORNO A LOS APORTES DE FREUD Y WINNICOTT**

**Profesora Guía : Maritza Quevedo Rojas**

**Profesor Informante : José Ignacio Schilling**

**Alumno : Antonio Ortega Campos**

**Tesina para optar al grado de Licenciado en Psicología**

**Santiago, Enero 2017**

**A Carmen, con amor y furia.**

## ÍNDICE

<b>1. RESUMEN EJECUTIVO</b>	<b>4</b>
<b>2. INTRODUCCIÓN</b>	<b>5</b>
<b>2.1. Problematización</b>	<b>8</b>
<b>3. PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN</b>	<b>11</b>
<b>4. OBJETIVOS</b>	<b>11</b>
<b>5. METODOLOGÍA</b>	<b>12</b>
<b>6. CAPÍTULO I: UNA LECTURA FREUDIANA DE LA AGRESIVIDAD EN LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA TEMPRANA</b>	<b>16</b>
<b>6.1. Pulsión de muerte y agresividad</b>	<b>16</b>
<b>6.2. Sobre el narcisismo</b>	<b>22</b>
<b>6.3. Del narcisismo al superyó</b>	<b>26</b>
<b>7. CAPÍTULO II: LA AGRESIVIDAD EN LA CONSTITUCIÓN DEL PSIQUISMO SEGÚN WINNICOTT</b>	<b>35</b>
<b>7.1. Sobre el desarrollo emocional del infante</b>	<b>35</b>
<b>7.2. Teoría de la agresividad en Winnicott</b>	<b>41</b>
<b>7.3. Agresividad reactiva</b>	<b>47</b>
<b>8. CAPÍTULO III: SÍNTESIS REFLEXIVA</b>	<b>50</b>
<b>8.1. El lugar de la agresividad en la constitución psíquica temprana en Freud</b>	<b>50</b>
<b>8.2. La agresividad en la conformación del psiquismo en Winnicott</b>	<b>55</b>
<b>9. REFLEXIÓN FINAL</b>	<b>59</b>
<b>10. BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>65</b>

## **1. RESUMEN EJECUTIVO**

La presente investigación, de carácter teórico, sistematiza el pensamiento de Freud y Winnicott acerca del lugar de la agresividad en la constitución temprana del psiquismo. La pregunta que guía esta investigación es: ¿Cuál es el lugar de la agresividad en relación a la constitución temprana del psiquismo, en los desarrollos teóricos de Freud y Winnicott? La tesina se organiza en tres capítulos, más una reflexión final. En el primero, se hace una lectura de la agresividad en la constitución psíquica temprana desde Freud. Los conceptos principales desarrollados son: pulsión de muerte, sadismo/masoquismo, narcicismo, superyó. En el segundo, se hace una lectura sobre el particular desde Winnicott. Los conceptos claves son: proceso de maduración, integración del self, creación y destrucción del objeto, culpa, tendencia a la reparación. En el tercero, se presenta una síntesis de los hallazgos principales pesquisados en ambos autores, en relación a la pregunta y objetivos de investigación.

Se concluye con una reflexión final que apunta a vincular ambas visiones sobre la agresividad.

## 2. INTRODUCCIÓN

La siguiente investigación aborda el tema de la agresividad en la constitución psíquica temprana, según lo planteado por dos connotados psicoanalistas, Sigmund Freud (1856-1936) y Donald Winnicott (1896-1971). Este último, médico inglés especializado en pediatría antes de formarse como psicoanalista, fue defensor y continuador de la obra freudiana, no obstante, desarrolló un pensamiento original difícil de clasificar, aunque tradicionalmente se le asocia a la escuela Británica de las Relaciones Objetales, junto a Anna Freud y Melanie Klein. Sus contribuciones más características dicen relación con la importancia otorgada a los procesos de maduración del niño en función del medio ambiente, en las etapas precoces del desarrollo. A esto alude su hipótesis acerca de que “el bebé no existe en cuanto tal, sino sólo en una relación de dependencia con los cuidados maternos”. Por lo tanto, para dar cuenta de las bases del desarrollo emocional, será imprescindible para este autor abarcar esta etapa de dependencia absoluta, en que la criatura humana comienza su trayecto hacia la integración e independencia de su personalidad. Winnicott se ocupa tempranamente del problema de la agresividad (1936), siendo una temática que recorre toda su obra. Valora positivamente la agresividad ligándola a la creatividad y al aprendizaje, y como factor esencial en la subjetivación del individuo. Por su parte, el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, considera tardíamente la importancia de la agresividad. Según los entendidos, algunas situaciones que lo predispusieron a teorizar sobre el tema, fue el estallido de la primera guerra mundial, así como diversas manifestaciones clínicas (reacción terapéutica negativa) que observaba en sus pacientes. En 1920, con su obra

Más allá del principio del placer, sitúa la agresividad como manifestación de la pulsión de muerte, constituyendo esta su visión definitiva.

A pesar de que Winnicott fue deudor de la obra freudiana durante toda su vida, los planteamientos de ambos autores difieren en algunos aspectos centrales, como en el caso de la teoría de las pulsiones. Esta discrepancia en particular es importante para efectos de esta tesina, puesto que si bien para los dos autores la “agresión” se relaciona con aspectos que están a la base de la construcción del psiquismo, cada uno de ellos comprende de modo diverso la naturaleza y efectos de estas relaciones. En consonancia con este énfasis de la agresividad como factor originario, esta investigación se centró en determinar el lugar de “lo agresivo” en la constitución psíquica temprana, entendida como la instancia en que se establecen los cimientos de la subjetividad.

Desde 1920 en adelante, Freud elabora su última teoría de las pulsiones, planteando la existencia de una pulsión de vida –Eros- y una pulsión de muerte. La primera, caracterizada por su fuerza cohesionadora, liga elementos entre sí; la pulsión de muerte, en cambio, designa un principio de desligazón activo en la psiquis que tiende a desagregar unidades. Será sobre este encuadre metapsicológico que Freud funda su teoría de la agresividad, comprendiéndola como un derivado o “manifestación conspicua” de la pulsión de muerte, cuya tendencia más elemental remite a la autodestrucción. Para evitar que el ser incipiente se autodestruya, la pulsión de vida, libido narcisista mediante, proyecta la pulsión de muerte al exterior, manifestándose como agresividad. Desde el origen, el esfuerzo autodestructivo inherente a la pulsión de muerte se desdobra en intrincados procesos de mezcla y desmezcla con Eros, en proyecciones e introyecciones que dan lugar al sadismo y masoquismo, que en

definitiva, determinarán la inscripción de la agresividad en la construcción del psiquismo. En este sentido, la lectura realizada señala que el lugar de la agresividad en Freud se establece prioritariamente en función de la génesis y dinámica de las instancias psíquicas propuestas en su segunda tópica. Será con el advenimiento del superyó –a instancias del narcisismo- que la agresividad fija su impronta en la estructura del carácter, operando en su doble vertiente sadomasoquista. Estos y otros puntos serán expuestos en detalle en el primer capítulo de esta tesina.

Winnicott, por su parte, no adhiere a la teoría pulsional de Freud, rechazando en consecuencia la idea de una pulsión de muerte. Propone la existencia de una “fuerza vital”, que conjuga en sí lo erótico y lo agresivo. Ambos impulsos primordiales, dependientes de esta fuerza vital, operan disociados en el comienzo, y será producto del apoyo ambiental que ambos logren fusionarse y ser integrados en una experiencia personal, para lo cual es imprescindible el establecimiento de un ego o self. Antes de que esto ocurra, Winnicott dirá que el id carece de realidad, o bien es indiscernible, puesto que no es susceptible de ser experimentado. La agresividad para este autor se corresponde con el gesto espontáneo, es decir, con las expresiones de omnipotencia infantil en que la realidad, aún no desagregada del narcisismo, responde mágicamente a los deseos. En esta primera fase, el niño destruye, devora, agrede, pero sin intención ni proyección sobre objetos definidos. Sin embargo, al notar que la realidad o el ambiente sobrevive a sus impulsos agresivos, los objetos externos cobran relieve, en tanto se presentan sistemáticamente como existentes. Es así como la agresividad adquiere valor al marcar la alteridad. Una vez que el ego o self alcanza una integración suficiente, es decir, un grado de mismidad que le permite relacionarse con objetos

totales, adviene la fase de inquietud o preocupación, según el autor. En esta fase, el impulso agresivo se ha fusionado con el erotismo, a costa, sin embargo, de tener que “tolerar” esta ambivalencia. El modo de resolver esta ambivalencia, raíz del sentimiento de culpa, será contar con una meta constructiva que repare el daño efectuado en la fantasía. Esta tendencia a la reparación, tendría como fin último según el autor, reforzar el self. Estos y otros aspectos son desarrollados en detalle en el capítulo segundo de esta tesina.

En el capítulo tercero se realiza una síntesis de los hallazgos considerados como más relevantes en ambos autores, para cerrar con una reflexión final, en un intento preliminar de vincular ambas formulaciones sobre la agresividad, relevando las nociones de culpa y sentimiento de sí, conceptos que emergieron lógicamente de esta investigación.

## **2.1 Problematización**

Se propone la siguiente definición operativa de la agresividad para presentar la problemática de esta investigación. Laplanche y Pontalis (1994, p. 13) definen la agresividad como:

*“Una tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o fantasmáticas, dirigidas a dañar a otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc. La agresión puede adoptar modalidades distintas de la acción motriz violenta y destructiva; no hay conducta tanto negativa (rechazo de ayuda, por ejemplo) como positiva, tanto simbólica (por ejemplo, ironía) como efectivamente realizada que no pueda funcionar como agresión. El psicoanálisis ha concedido una importancia cada*

*vez mayor a la agresividad, señalando que actúa precozmente en el desarrollo del sujeto y subrayando el complejo juego de su unión y desunión con la sexualidad. Esta evolución de las ideas ha culminado en el intento de buscar para la agresividad un substrato pulsional único y fundamental en el concepto de pulsión de muerte.”*

De esta definición, se desprenden ciertos aspectos de la agresividad que son parte del problema de investigación propuesto. Dicen relación con la transversalidad de la agresividad en la psicología y conducta humana; el reconocimiento cada vez mayor de su implicancia en el desarrollo temprano del sujeto; así como el intento de definir sus orígenes. Estas consideraciones, de gran relevancia teórica para el psicoanálisis, son problematizadas en esta tesina en función de los diversos desarrollos que adoptan dentro del horizonte disciplinar psicoanalítico, particularmente, el pensamiento de Sigmund Freud y Donald Winnicott. Es que acaso ¿Existe una visión interdependiente de la agresividad en el psicoanálisis tal como lo planteó su fundador, Sigmund Freud, respecto del psicoanálisis propuesto por Donald Winnicott, quien siempre se consideró un continuador de la obra del maestro?

En ambos autores, se aprecia cómo la agresividad, en desmedro de las diferentes conceptualizaciones, vertebró la construcción del psiquismo. En vistas de lo anterior, esta tesina parte del supuesto que la proliferación de escuelas diversas en psicoanálisis, muchas veces incapaces de dialogar entre sí, constituye un problema disciplinar de envergadura que compete abordar con la mayor seriedad. Motivada por tal inquietud, la presente investigación se centra en el concepto de agresividad, considerado como de primer orden para el psicoanálisis, y que por lo mismo, se presta a un ejercicio de síntesis que permita obtener una visión panorámica de las claves teóricas que están a

la base de los modelos presentados. En consecuencia, la pregunta que dirige esta tesina es la siguiente:

“¿Cuál es el lugar de la agresividad en relación a la constitución temprana del psiquismo, en los desarrollos teóricos de Freud y Winnicott?”

Sin duda, esta investigación corresponde a un esfuerzo preliminar tendiente a otorgar una visión de conjunto, rigurosa y sistemática, de aspectos teóricos cuya clarificación permita profundizar en el cuerpo de conocimientos del psicoanálisis.

Cabe mencionar que esta tesina se plantea como relevante en el ámbito teórico -en un contexto académico de pregrado- en cuanto exposición sistemática de un concepto clave del psicoanálisis, como es el de agresividad. Además, esta investigación puede ser útil como introducción para futuros investigadores o estudiantes que deseen profundizar en la temática y de paso obtener una visión panorámica acerca de los fundamentos conceptuales que justifican enfoques psicoanalíticos diversos. Por otra parte, esta tesina se suma a la inquietud de fomentar el diálogo entre las diversas escuelas y tradiciones psicoanalíticas, esfuerzo que responde a la esencia misma del devenir paradigmático y sociocultural, condición de salud para cualquier disciplina que se ajusta a las necesidades objetivas de su tiempo.

### **3. PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN:**

¿Cuál es el lugar de la agresividad en relación a la constitución temprana del psiquismo, en los desarrollos teóricos de Freud y Winnicott?

### **4. OBJETIVOS**

Objetivo General:

- Situar la agresividad en la constitución temprana del psiquismo desde una lectura de Freud y Winnicott.

Objetivos Específicos:

- Identificar cómo opera la agresividad en la constitución temprana del psiquismo desde una lectura freudiana.
- Determinar el rol de la agresividad en la constitución temprana del psiquismo según una visión winnicottiana.
- Elaborar una reflexión acerca de la agresividad en la constitución temprana del psiquismo según los dos autores reseñados.

## 5. METODOLOGÍA

La siguiente es una tesina de carácter teórico, particularmente, del campo del psicoanálisis. Se constituye como una investigación de tipo documental, es decir, se realizó en base a un análisis bibliográfico mediante la lectura selectiva, comprensiva y crítica, de libros y artículos a fin de obtener los insumos conceptuales relevantes para responder la siguiente pregunta de investigación: ¿Cuál es el lugar de la agresividad en relación a la constitución temprana del psiquismo, en los desarrollos teóricos de Freud y Winnicott? Como investigación documental, se seleccionaron, analizaron y presentaron los datos a fin de “abstraer” relaciones significativas entre los mismos, con el propósito de establecer las bases preliminares de una indagación que amerita ser profundizada.

Como es propio en una investigación de este tipo, la metodología consistió en un proceso de descubrimiento y descripción de una realidad que se desconocía. Se procuró, en este sentido, llevar a cabo un trabajo sistemático, producto de la lectura y análisis de la información producida por los autores seleccionados, para dar origen a una síntesis de la información que refleja el punto de vista del autor de esta tesina. Específicamente, se abordó la temática de la agresividad en la obra de Sigmund Freud y Donald Winnicott, en relación a la constitución temprana del psiquismo. Se definieron ejes temáticos que posibilitaron encauzar la investigación de forma ordenada y coherente en relación a los objetivos. Cabe mencionar que la metodología también apeló a un criterio heurístico, es decir, que su desarrollo estuvo abierto al “descubrimiento creativo” de relaciones y significados que emergieron naturalmente

del análisis. Este análisis fue de carácter cualitativo, privilegiando el establecimiento de relaciones entre conceptos, para lo cual se trabajó sobre ejes temáticos inscritos en las siguientes dimensiones generales que componen esta tesina: a) el origen de la agresión b) su configuración en la constitución psíquica temprana c) la agresión como raíz de la culpa.

A lo largo de tres capítulos, más una reflexión final, se despliegan estas dimensiones punteadas por los ejes temáticos que se exponen a continuación:

Ejes Temáticos:

- I) Agresividad y constitución psíquica temprana en Freud:
  - Pulsión de Muerte y Agresividad.
  - Narcicismo Primario e ideal del yo.
  - Sadismo-Masoquismo
  - Superyó.
  
- II) Conformación temprana del psiquismo y agresividad en Winnicott:
  - Proceso de maduración y ambiente facilitador
  - Continuidad existencial e integración del self
  - Agresividad y creación del objeto
  - Agresividad, culpa y reparación.
  
- III) Síntesis Reflexiva:
  - Agresividad, ambivalencia, culpa.
  - Sentimiento de sí

En términos generales, cada uno de estos tres grupos temáticos se asoció a un capítulo, según el orden expuesto.

Respecto a la bibliografía utilizada, fue escogida según los criterios de pertinencia, relevancia y fiabilidad, que aluden, respectivamente, a la relación con el tema de investigación, a la importancia en relación al mismo, y a la validez o autoridad de las fuentes utilizadas. De acuerdo a esto, se definieron tres grupos de documentos:

- Documentos de primer orden: aquellos en los que se centra el análisis.
- Documentos de segundo orden: complementan y extienden el campo de los documentos de primer orden.
- Documentos auxiliares: utilizados en aspectos parciales del análisis o a modo de referencia general.

**Documentos de primer orden:**

Sigmund Freud	Introducción del narcisismo (1914)
	Más allá del principio del placer (1920)
	El yo y el ello (1923)
	El problema económico del masoquismo (1924)
	El malestar en la cultura (1930 [1931])
	Esquema del psicoanálisis (1940)

Donald Winnicott	La agresión (1939)
	La agresión en relación con el desarrollo emocional (1950-1955)
	El psicoanálisis y el sentimiento de culpabilidad (1958)
	Agresión, culpa y reparación (1960)
	El desarrollo de la capacidad para la inquietud (1963)
	Las raíces de la agresión (1964)

	El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones (1971)
--	--

**Documentos de segundo orden:**

Sigmund Freud	Pulsiones y destinos de pulsión (1915)
Donald Winnicott	Deformación del yo en términos de un verdadero y un falso self (1960)
	La teoría de la relación paterno filial (1960)
	De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo (1963)
	Objetos y fenómenos transicionales (1971)
André Green	Jugar con Winnicott (2008)
	¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte? (2014)
Javier Lacruz	La teoría de la agresividad en Donald Winnicott (2013)

**Documentos auxiliares:**

Laplanche J. & Pontalis J.	Diccionario de Psicoanálisis (2004)
----------------------------	-------------------------------------

## 6. CAPÍTULO I: UNA LECTURA FREUDIANA DE LA AGRESIVIDAD EN LA CONSTITUCIÓN PSÍQUICA TEMPRANA.

### 6.1. Pulsión de Muerte y Agresividad

*“En algún momento, por una intervención de fuerzas que todavía nos resulta enteramente inimaginable, se suscitaron en la materia inanimada las propiedades de la vida. Quizá fue un proceso parecido, en cuanto a su arquetipo {vorbildlich}, a aquel otro que más tarde hizo surgir la conciencia en cierto estrato de la materia viva. La tensión así generada en el material hasta entonces inanimado pugnó después por nivelarse; así nació la primera pulsión, la de regresar a lo inanimado” (Freud, 1920, p.38).*

Para comprender el concepto de “agresividad” en Freud y remitirnos a las bases de la construcción del psiquismo, se hace imprescindible abordar el modelo pulsional propuesto por el autor, en particular lo referido a la pulsión de muerte o de destrucción, puesto que este es el marco general en que se inscribe su noción de agresividad.

Para Freud, lo pulsional constituyó el ámbito más difícil e importante de su investigación psicológica. El recorrido que Freud transita para elaborar su teoría de lo pulsional es muy amplio y quedó registrado en diversas obras en las que se aprecia el desarrollo de sus comprensiones. En su obra dedicada exclusivamente al tema (1915), las pulsiones fueron entendidas como la raíz de lo psíquico, como:

*“[...] lo fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1915, p. 117).*

En un principio, Freud circunscribe la vida pulsional a dos pulsiones primordiales: pulsiones sexuales (pulsiones libidinales) y pulsiones de

autoconservación (pulsiones yoicas).<sup>1</sup> Las primeras, asociadas a la conservación de la especie, y las segundas, a la conservación del individuo. En su origen, las pulsiones sexuales se apuntalan en las de autoconservación y sólo paulatinamente se van diferenciando. Este primer modelo de lo pulsional, fue puesto en duda con la introducción del concepto de narcisismo, al reconocer que *“el yo mismo es investido con libido y aun es su hogar originario y, por así decir, también su cuartel general”* (Freud, 1930, p. 114). Con esta constatación, la libido deja de ser la energía exclusiva de las pulsiones sexuales, integrando las pulsiones de autoconservación. Existiría una libido yoica (o narcisista), que inviste al yo, por contraste a una libido de objeto, que inviste a los objetos. Esta libido narcisista luego se orienta hacia los objetos, convirtiéndose así en libido objetal; pero puede volver a transformarse en libido narcisista, retornando de los objetos al yo (narcisismo secundario).

Freud se enfrenta a una encrucijada, pues dado que las pulsiones yoicas también resultaban ser libidinales, parecía inevitable que la libido se convirtiese en sinónimo de energía pulsional en general.<sup>2</sup> Sin embargo, mantiene “algo así como una certidumbre imposible de fundar todavía”, de que las pulsiones no podían ser todas de la misma clase. Esta certidumbre se va consolidando producto de nuevas indagaciones, que plasma en su obra *Más allá del principio del placer* (1920). En esta obra fundamental, Freud da cuenta de la “compulsión de repetición”, en primer término, como fenómeno clínico caracterizado por la “repetición” de las vivencias infantiles “reactualizadas” en

---

<sup>1</sup> Hipótesis que le había permitido abordar las “psiconeurosis” o “neurosis de transferencia” (histeria y neurosis obsesiva), obteniendo la intelección de que en la raíz de esas afecciones se hallaba un conflicto entre los reclamos de la sexualidad y los del yo (Freud, 1915, p. 120).

<sup>2</sup> Como lo proponía Carl Gustav Jung con su visión monista de la libido.

el paciente a través de la figura del terapeuta (neurosis de transferencia) (Freud, 1920, p. 19). Lo sobresaliente de este fenómeno, es que la compulsión de repetición *“devuelve también vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera de las mociones pulsionales reprimidas desde entonces”* (Freud, 1920, p. 20). Este fenómeno también afectaría a las personas no neuróticas, a modo de un “destino que las persiguiera, de un sesgo demoníaco en su vivenciar” que les hace repetir incansablemente las mismas situaciones. Estas observaciones justifican su hipótesis de la compulsión de repetición *“como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio de placer que ella destrona.”* (Freud, 1920, p. 23).<sup>3</sup>

Producto del descubrimiento de la libido narcisista y de la compulsión de repetición, la dicotomía entre pulsiones yoicas (autoconservación) y pulsiones libidinales (sexuales), se reformula por la dicotomía entre pulsión de vida, o Eros, y pulsión de muerte o de destrucción (Freud, 1940). Lo pulsional adquiere otra connotación, en cierta medida contrapuesta a la anterior, en donde primaba una visión asociada al cambio y al desarrollo. Ahora queda de manifiesto, más bien, el carácter “conservador” de lo vivo. Freud lo expresa del siguiente modo:

*“Ahora bien, ¿de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión de repetición? Aquí no puede menos que imponérsenos la idea de que estamos sobre la pista de un*

---

<sup>3</sup> Se recuerda brevemente la hipótesis básica sobre el funcionamiento del aparato psíquico, regido por el “principio de placer” (que deriva del principio de constancia), que se encarga de “mantener baja la cantidad de excitación, puesto que todo cuanto sea apto para incrementarla se sentirá como disfuncional, vale decir, displacentero” (Freud, 1929, p. 9).

*carácter universal de las pulsiones (no reconocido con claridad hasta ahora, o al menos no destacado expresamente) y quizá de toda vida orgánica en general. Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica.” (Freud, 1920, p. 36).*

La pulsión de vida o Eros, que integrará a las pulsiones sexuales y de autoconservación, tiene como meta producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, ligarlas entre sí; la meta de la pulsión de destrucción es, al contrario, disolver nexos, y así, destruir las cosas del mundo. Respecto de la pulsión de destrucción, podemos pensar que aparece como su meta última transportar lo vivo al estado inorgánico; por eso también la llamamos pulsión de muerte (Freud, 1940).

Ambas pulsiones brotan desde el origen de la vida, mezclándose y desmezclándose entre sí, como fundamento de todo fenómeno vital. Freud dirá que las manifestaciones del Eros son fácilmente pesquisables, en tanto la totalidad de su energía corresponde a la libido, sin embargo, no ocurre lo mismo con las manifestaciones de la pulsión de muerte, que tal vez nunca se expresa de forma aislada. Ambas pulsiones se amalgaman entre sí, en proporciones distintas y muy variables, y es probable que la pulsión de muerte no sea constatable más que en esta combinación.<sup>4</sup>

La pulsión de muerte, desde ese entonces, será uno de los conceptos más polémicos del psicoanálisis. Freud hace alusión a él por los años 1913-1914, pero no

---

<sup>4</sup> Freud nunca denomina una energía que vehiculize la pulsión de muerte, a diferencia de la libido, para las pulsiones de vida.

será sino en 1920, con Más allá del principio del placer, que este adquiere su perfil definitivo, lo que no implica que se continúe desarrollando en obras futuras. Freud presenta a la pulsión de muerte como una tendencia elemental a la restauración de un estado anterior a la vida. Hipotetiza que en la materia original surge una tensión, un proceso indeterminado de vitalización, que sin embargo está bajo la amenaza de un retorno para anular esa tensión, para restaurar el estadio anterior de “no vida”. Así se generaría la primera pulsión, la de “regresar a lo inanimado”. Esta es la pulsión originaria, como pulsión de muerte (Green, 2014).

¿Pero cómo se relaciona la agresividad con la pulsión de muerte?

Previo a su segunda teoría pulsional, es decir antes de concebir su noción de pulsión de muerte, Freud no se decidía a asignar a la agresividad una posición clara respecto a las pulsiones sexuales y de autoconservación, situándola en algunas ocasiones como manifestación de la pulsión sexual (sadismo oral y anal) y en otras, como expresión de las pulsiones de autoconservación (repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigador de estímulos) (Freud, 1915). Sin embargo, tras la profunda revisión de sus postulados en su obra de 1920, establece el marco general de una teoría de la agresividad que desarrollará en lo venidero. Esta nueva “visión” de lo pulsional, Freud la detalla en su escrito de 1923, El yo y el ello, donde liga explícitamente pulsión de muerte y destrucción:

*“Con cada una de estas dos clases de pulsiones se coordinaría un proceso fisiológico particular (anabolismo y catabolismo); en cada fragmento de sustancia viva estarían activas las dos clases de pulsiones, si bien en una mezcla desigual [...] Como consecuencia de la unión de los organismos elementales unicelulares en seres vivos*

*pluricelulares, se habría conseguido neutralizar la pulsión de muerte de las células singulares y desviar hacia el mundo exterior, por la mediación de un órgano particular, las mociones destructivas. Este órgano sería la musculatura, y la pulsión de muerte se exteriorizaría ahora —probablemente sólo en parte— como pulsión de destrucción dirigida al mundo exterior y a otros seres vivos” (Freud, 1923, p. 42).*

Se aprecia que la agresividad o destrucción (utiliza estos términos indistintamente en obras futuras) opera en la sustancia viva en primera instancia como autodestrucción, y para neutralizar esto, se exterioriza (pulsión de vida mediante) a través de la musculatura.

Se ha presentado en términos generales a la pulsión de muerte como un fenómeno elemental que acontece en la sustancia viva -de restauración de un estado anterior-, cuyo descubrimiento por Freud tuvo enormes implicancias en el curso de su teoría y en el desarrollo del psicoanálisis posterior, con autores que profundizaron en estos postulados, los rechazaron o fueron indiferentes. La idea de pulsión de muerte permite a Freud elaborar una concepción coherente de la agresividad, considerándola “la parte proyectada hacia afuera” de esta “disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano” (Freud, 1930 [1931]).

A continuación se indaga en cómo opera la agresividad en la constitución psíquica temprana. Para ello, se comenzará desarrollando el concepto de narcisismo, según el entendido de que este constituye la etapa fundacional del psiquismo, así como el antecedente primitivo de las pulsiones de vida que se oponen en el origen a la pulsión de muerte.

## 6.2. Sobre el narcisismo

La teoría del narcisismo en Freud tiene diversos momentos, antes y después de su clásico texto *Introducción del narcisismo* de 1914. Es un concepto muy importante dentro del psicoanálisis, que abre variadas perspectivas sobre diversos temas. A continuación, se exponen algunas relaciones entre la agresividad y este momento originario del psiquismo.

Como se mencionó, el concepto de narcisismo contribuyó a que se cuestionara la validez de la contraposición entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, puesto que se concluye que el yo es el reservorio original de libido. Freud lo expresa del siguiente modo:

*“[...] se llegó a la intelección de que el yo era el reservorio {Reservoir} genuino y originario de la libido, la cual sólo desde ahí se extendía al objeto. El yo pasó a formar parte de los objetos sexuales, y enseguida se discernió en él al más encumbrado de ellos. La libido fue llamada narcisista cuando así permanecía dentro del yo”* (Freud, 1920, p. 50).

En su obra sobre el tema (1914), seis años antes que la cita precedente, Freud establece:

*“Nos formamos así la imagen de una originaria investidura libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a las investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite”* (Freud, 1914, p. 73).

Esta libido que inviste al yo, es denominada libido narcisista, y se encuentra concentrada en la unidad yo-ello indiferenciados, previo a cualquier tipo de relación con el ambiente. Este estado primario anobjetal, es designado como narcisismo primario (para diferenciarlo del narcisismo secundario). Freud lo define del siguiente modo, en uno de sus trabajos tardíos: *“Llamamos narcisismo primario absoluto a ese estado. Dura hasta que el yo empieza a invertir con libido las representaciones de objetos, a trasponer libido narcisista en libido de objeto”* (Freud, 1940, p. 148).

Laplanche y Pontalis (2004, p. 229), lo exponen como sigue:

*“Este estado primitivo, que entonces llama narcisismo primario, se caracterizaría por la ausencia de total relación con el ambiente, por una indiferenciación entre el yo y el ello, y su prototipo lo constituiría la vida intrauterina, de la cual el sueño representaría una reproducción más o menos perfecta. [...] Tal estado correspondería a la creencia del niño en la omnipotencia de sus pensamientos.”*

Ahora bien, ¿cómo se engarza la agresividad con estos momentos tempranos del psiquismo? Para responder a esto, se ha de volver al terreno metapsicológico de las pulsiones, puesto que allí Freud liga sus concepciones en un proceso particular.

Mientras dura el estado de narcisismo primario, las energías psíquicas son indiscernibles. Sólo con las investiduras de objeto, será posible distinguir el accionar pulsional. Sobre el particular, el mismo Freud se pregunta:

*“¿En razón de qué se ve compelida la vida anímica a traspasar los límites del narcisismo y poner {setzen} la libido sobre objetos? La respuesta que dimana de nuestra ilación de pensamiento diría, de nuevo, que esa necesidad sobreviene cuando*

*la investidura {Besetzung} del yo con libido ha sobrepasado cierta medida” (Freud, 1914, p. 82).*

De esta forma, Freud justifica la investidura objetal recurriendo a su hipótesis elemental sobre el funcionamiento del aparato psíquico, regido por el “principio de placer”. Previo a la transformación de la libido narcisista en libido objetal, la pulsión de muerte ya actúa en el seno de la organización narcisista, contraponiéndose como tendencia a la desintegración. La libido servirá para neutralizar las inclinaciones de destrucción simultáneamente presentes:

*“Mientras esta última produce efectos en lo interior como pulsión de muerte, permanece muda; sólo comparece ante nosotros cuando es vuelta hacia afuera como pulsión de destrucción. Que esto acontezca parece una necesidad objetiva para la conservación del individuo. El sistema muscular sirve a esta derivación” (Freud, 1940, p. 147-148).*

Con esto quedan de manifiesto los primeros efectos de la “pulsión de vida”, que se pone al servicio de la defensa del yo. El poder narcisista, al esforzarse por el triunfo de la vida, se consagra en sus fases iniciales al impedir que el yo se hunda en la destrucción, circunstancia que haría imposible cualquier estructuración psíquica. El narcisismo es, por lo tanto, el primer vencedor –y el primer vínculo- del conflicto de la gigantomaquia pulsión de vida / pulsión de muerte, en favor de las pulsiones de vida (Green, 2014). Sobre el particular, y continuando con Green (2014, p. 36):

*“El yo sólo puede construirse sobre una concepción de placer "purificado". Freud no aclara de qué, pero comprendemos que debe purificarse momentáneamente de la tentación de la destructividad y su aspiración de volver a la no vida”.*

El narcisismo aparece como el núcleo más medular de las pulsiones de vida, como el eje portador de todo el edificio futuro del yo, el único, en ese momento, que puede ejercer una resistencia organizada contra las pulsiones de muerte, pese a lo cual hay que afirmar que ese núcleo central también es vulnerable (Green, 2014). El narcisismo rechaza la muerte, repudia a la pulsión que quisiera desintegrar esa primera forma de investidura (ocupación) del yo, asegurando el mantenimiento del Eros. Cuando esta batalla haya terminado, la libido objetal podrá desarrollar su ciclo (Green, 2014, p. 60-61).

Recapitulando. En el origen del psiquismo, cuando el yo es aún indiscernible del ello, forman una unidad en que las energías psíquicas son indiferenciables, a pesar de que cada cual ya opera según su designio. Freud reconoce en el Eros la presencia de un sadismo originario, representante de lo tanático. Vida y muerte se encontrarían conjugadas, mezcladas ambas pulsiones en este momento preliminar, sin embargo, la pulsión de vida, libido narcisista mediante, se encarga de expulsar a este sadismo originario que atenta con destruir el yo en ciernes, y la forma en que esto ocurre, es exteriorizándolo como agresividad. Freud se lo representa del siguiente modo:

*“Ahora bien, ¿cómo podríamos derivar del Eros conservador de la vida la pulsión sádica, que apunta a dañar el objeto? ¿No cabe suponer que ese sadismo es en verdad una pulsión de muerte apartada del yo por el esfuerzo y la influencia de la libido narcisista, de modo que sale a la luz sólo en el objeto?”* (Freud, 1920, p. 52).

Entonces, para asegurar la supervivencia de la pulsión de vida, la resistencia se organiza en torno a ese complemento libidinal, que algunos hoy llamarían “self”. Green (2014, p. 59) lo refiere así: *“En síntesis, la lucha por la vida se sostiene sobre el*

*narcisismo que es amor y unidad de sí, salido, por su parte, de un basamento del autoerotismo que mantiene sus adquisiciones intentando “perseverar en su ser”*. Una vez garantizada la supervivencia del yo y establecidos sus fundamentos, el amor de objeto será el destino de las pulsiones de vida, probablemente porque la mira de la libido, la fusión con otro objeto, es lo que mejor expresa la vocación de las pulsiones de vida.

Lo que sobrevive de los ataques del sadismo originario al narcisismo, y que no puede ser expulsado al exterior bajo la forma de agresividad, permanece en el yo y constituye al masoquismo primario, residuo mortífero, que va a ser, durante toda la vida, el soporte de las tendencias autodestructivas del individuo (Green, 2014).

### **6.3. Del narcisismo al superyó**

Para profundizar en esta lectura freudiana sobre la agresividad en la constitución del psiquismo, es necesario exponer acerca de la deriva del narcisismo y su transmutación en ideal del yo o superyó. Se enfatizará en la noción de masoquismo, contracara del sadismo y al igual que este, manifestación conspicua de la pulsión de muerte.

Se ha expuesto cómo el yo emerge desde la libido narcisista, diferenciándose del ello, pero como una parte de él, teniendo como telón de fondo el “combate de Titanes” entre Eros y Tánatos. La libido yoica se troca en libido objetal, sin embargo, siempre existirá por parte del yo la aspiración a recobrar la plenitud libidinal del narcisismo primario. La formación del ideal del yo otorga esa posibilidad. Así, el yo se

verá fortalecido por las satisfacciones de objeto de sus investiduras libidinales, pero también por el cumplimiento de su ideal. Así lo plantea Freud (1914, p. 96):

*“El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal”.*

En su texto Introducción del narcisismo (1914), Freud se pregunta acerca del destino de la libido yoica, originalmente condensada en su totalidad en el yo-ello indiferenciado. A pesar de que esta libido se vuelca hacia los objetos, esta no se agota en ellos, pues su fuente original será el reservorio perenne de la misma. De este modo, Freud se pronuncia sobre el devenir del narcisismo:

*“El narcisismo aparece desplazado a este nuevo yo ideal que, como el infantil, se encuentra en posesión de todas las perfecciones valiosas. Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez. No quiere privarse de la perfección narcisista de su infancia, y si no pudo mantenerla por estorbárselo las admoniciones que recibió en la época de su desarrollo y por el despertar de su juicio propio, procura recobrarla en la nueva forma del ideal del yo. Lo que él proyecta frente a sí como su ideal es el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en la que él fue su propio ideal”* (Freud, 1914, p. 91).

Esta hipótesis es sumamente interesante, puesto que Freud plantea, casi diez años antes de la formulación de su segunda tópica en el Yo y el ello (1923), su concepción del ideal del yo, antecedente directo de sus elaboraciones sobre el superyó,

concepto medular del psicoanálisis que cobra un valor decisivo en relación a los objetivos de esta investigación. El superyó, “instancia psíquica” que compone la trinidad de la segunda tópica, junto al yo y el ello, es analogado por Freud con el ideal del yo o la conciencia moral. Corresponde a una instancia decisiva de la subjetivación, referida a la represión del complejo de Edipo y su destierro en lo inconsciente. El niño renunciará a la satisfacción de sus deseos edípicos internalizando la prohibición que se cernía sobre los mismos. Freud lo expresa del siguiente modo:

*“Esta doble faz del ideal del yo deriva del hecho de que estuvo empeñado en la represión del complejo de Edipo; más aún: debe su génesis, únicamente, a este ímpetu subvirtiente {ümschwung}. No cabe duda de que la represión [esfuerzo de desalojo] del complejo de Edipo no ha sido una tarea fácil. Discerniendo en los progenitores, en particular en el padre, el obstáculo para la realización de los deseos del Edipo, -el yo infantil se fortaleció para esa operación represiva erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo. En cierta medida toma prestada del padre la fuerza para lograrlo, y este empréstito es un acto extraordinariamente grávido de consecuencias”* (Freud, 1923, p. 36).

El ideal del yo o superyó, “que aumenta las exigencias del yo y es el más fuerte favorecedor de la represión”, queda instaurado como la herencia del complejo de Edipo, marcando un punto crucial en la constitución y dinámica del psiquismo.

Bien, ¿pero cómo integrar el superyó a la argumentación central de esta tesina, de modo que los conceptos fundamentales desarrollados -pulsión de muerte, sadismo, narcisismo y ahora masoquismo- se integren en una lectura unificada de la agresividad?

Hasta el momento, se ha definido la agresividad como una exteriorización de la pulsión de muerte, expulsada por la libido narcisista, facultando la génesis del yo. Esta proyección de la pulsión de muerte hacia el exterior, implica ya una ligazón con Eros, correspondiendo a los componentes sádicos del mismo.<sup>5</sup> Previamente, ya fue referida la cuestión del sadismo originario. Lo pendiente, es discernir la naturaleza del masoquismo, pulsión parcial complementaria del sadismo. En su obra consagrada al tema, El problema económico del masoquismo (1924), Freud refuerza su tesis sobre lo pulsional desarrollada en obras precedentes:

*“En el ser vivo (pluricelular), la libido se enfrenta con la pulsión de destrucción o de muerte; esta, que impera dentro de él, querría desagregarlo y llevar a cada uno de los organismos elementales a la condición de la estabilidad inorgánica (aunque tal estabilidad sólo pueda ser relativa). La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora; la desempeña desviándola en buena parte —y muy pronto con la ayuda de un sistema de órgano particular, la musculatura— hacia afuera, dirigiéndola hacia los objetos del mundo exterior. Recibe entonces el nombre de pulsión de destrucción, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Un sector de esta pulsión es puesto directamente al servicio de la función sexual, donde tiene a su cargo una importante operación. Es el sadismo propiamente dicho. Otro sector no obedece a este traslado hacia afuera, permanece en el interior del organismo y allí es ligado libidinosamente*

---

<sup>5</sup> Se debe recordar y dejar en claro, que para Freud ambas pulsiones básicas se encuentran mezcladas en la sustancia viva en proporciones variables, considerando altamente improbable poder pesquisar la existencia pura de cualquiera de las dos. De igual forma, Freud señala su impresión de que *“las pulsiones de muerte son, en lo esencial, mudas, y casi todo el alboroto de la vida parte del Eros”* (Freud, 1923, p. 47).

*con ayuda de la coexcitación sexual antes mencionada; en ese sector tenemos que discernir el masoquismo erótico, originario” (Freud, 1924, p. 169).*

Seguido de la cita precedente, tras afirmar que ambas pulsiones no se presentan en un estado puro, sino que su condición es estar mezcladas en diferentes proporciones, profundiza en sus conjeturas sobre el masoquismo:

*“Si se consiente alguna imprecisión, puede decirse que la pulsión de muerte actuante en el interior del organismo —el sadismo primordial— es idéntica al masoquismo. Después que su parte principal fue trasladada afuera, sobre los objetos, en el interior permanece, como su residuo, el genuino masoquismo erótico, que por una parte ha devenido un componente de la libido, pero por la otra sigue teniendo como objeto al ser propio. Así, ese masoquismo sería un testigo y un relicto de aquella fase de formación en que aconteció la liga, tan importante para la vida, entre Eros y pulsión de muerte. No nos asombrará enterarnos de que el sadismo proyectado, vuelto hacia afuera, o pulsión de destrucción, puede bajo ciertas constelaciones ser introyectado de nuevo, vuelto hacia adentro, regresando así a su situación anterior. En tal caso da por resultado el masoquismo secundario, que viene a añadirse al originario” (Freud, 1924, p. 52).*

Ahora bien, discerniendo las mezclas y desmezclas que acaecen en el devenir de lo pulsional, sus flujos y reflujos, así como sus entrelazamientos emblemático representados por el sadismo y masoquismo, quedan delineados a grandes rasgos los avatares de la agresividad en el psiquismo temprano. Sin embargo, resta esclarecer la problemática del superyó. Para ello, se cierra este capítulo integrando las

elucubraciones de Freud expuestas en el Malestar en la cultura 1930 [1931], texto famoso por el énfasis otorgado a la problemática de la agresividad.

En esta obra corrobora su tesis de la pugna esencial entre pulsiones. El Eros corresponde al impulso que liga a los humanos entre sí, fomentando los vínculos y la vida en común. La pulsión de muerte, exteriorizada como agresividad de los unos contra los otros, constituye la fuerza que tiende a destruir los vínculos humanos, siendo catalogada por Freud como el mayor peligro que atenta contra la preservación de la cultura. Ahora bien, se habría desarrollado un mecanismo mediante el cual la cultura, subrogante del Eros, ha asegurado su continuidad: la agresividad autónoma y originaria del ser humano, en vez de plasmar su potencial destructor hacia el mundo y sus seres, ha sido introyectada dentro de él mismo, transmutada en “sentimiento inconsciente de culpa”<sup>6</sup> o más específicamente, como “necesidad de castigo”. Freud vuelve a sus planteamientos sobre el complejo de Edipo y los profundiza, reforzando su concepción del superyó, en particular lo que dice relación con el sentimiento de culpa, postulado como pivote del desarrollo cultural.

De tan vasta obra, se impone extraer sólo lo esencial para los fines de esta investigación, a riesgo de extraviar la ruta en tan pródigo horizonte teórico. Freud describe del siguiente modo el destino de la agresión condensada en el superyó:

*“La agresión es introyectada, interiorizada, pero en verdad reenviada a su punto de partida; vale decir: vuelta hacia el yo propio. Ahí es recogida por una parte del yo,*

---

<sup>6</sup> Freud considera impropio utilizar el apelativo “sentimiento inconsciente de culpa”, puesto que estima que no existirían “sentimientos” inconscientes. Propone la denominación más exacta de “necesidad de castigo”, si bien la expresión sentimiento de culpa permanece como el modo en que el yo experimenta subjetivamente el conflicto pulsional.

*que se contrapone al resto como superyó y entonces, como «conciencia moral», está pronta a ejercer contra el yo la misma severidad agresiva que el yo habría satisfecho de buena gana en otros individuos, ajenos a él. Llamamos «conciencia de culpa» a la tensión entre el superyó que se ha vuelto severo y el yo que le está sometido. Se exterioriza como necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo, y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada” (Freud, 1930 [1931], p. 119-120).*

La génesis y naturaleza del superyó ya había sido perfilada hace años, sin embargo, Freud propone una comprensión más sutil y de mayor amplitud de esta instancia psíquica. Se refiere específicamente a lo que entiende por “conciencia de culpa”, a la vez que expone en detalle los avatares a través de los cuales la agresividad deviene parte del superyó:

*“Respecto de la autoridad que estorba al niño las satisfacciones primeras, pero que son también las más sustantivas, tiene que haberse desarrollado en él un alto grado de inclinación agresiva, sin que interese la índole de las resignaciones de pulsión exigidas. Forzosamente, el niño debió renunciar a la satisfacción de esta agresión vengativa. Salva esta difícil situación económica por la vía de mecanismos consabidos: acoge dentro de sí por identificación esa autoridad inatacable, que ahora deviene el superyó y entra en posesión de toda la agresión que, como hijo, uno de buena gana habría ejercido contra ella. El yo del hijo tiene que contentarse con el triste papel de la autoridad —del padre— así degradada. Es una inversión de la situación, como es tan frecuente: «Si yo fuera el padre y tú el hijo, te maltrataría». El vínculo entre*

*superyó y yo es el retorno, desfigurado por el deseo, de vínculos objetivos {real} entre el yo todavía no dividido y un objeto exterior. También esto es típico. Ahora bien, la diferencia esencial consiste en que la severidad originaria propia del superyó no es — o no es tanto— la que se ha experimentado de parte de ese objeto o la que se le ha atribuido, sino que subroga la agresión propia contra él. Si esto es correcto, es lícito aseverar que efectivamente la conciencia moral ha nacido en el comienzo por la sofocación de una agresión y en su periplo ulterior se refuerza por nuevas sofocaciones de esa índole” (Freud, 1930 [1931], p. 125).*

Queda en evidencia con esta cita que la severidad del superyó, su potencial de agresión, es extraída de la propia agresividad que el yo experimentó como consecuencia de la prohibición de la satisfacción libidinal, pero que tuvo que ser reprimida producto de su ineficacia ante la realidad. Con esto se desmarca de la hipótesis previa de que el superyó “se nutría” de la intensidad externa de la prohibición de la demanda erótica, concluyendo que mientras más el humano limita su agresividad, su superyó se hará cada vez más severo. Esta hipótesis ya la planteaba en el Yo y el ello (1923), y la refuerza años después en el Malestar en la cultura (1930 [1931]):

*“Es asombroso que el ser humano, mientras más limita su agresión hacia afuera, tanto más severo —y por ende más agresivo— se torna en su ideal del yo. A la consideración ordinaria le parece lo inverso: ve en el reclamo del ideal del yo el motivo que lleva a sofocar la agresión. Pero el hecho es tal como lo hemos formulado: Mientras más un ser humano sujete su agresión, tanto más aumentará la inclinación de su ideal a agredir a su yo. Es como un descentramiento {desplazamiento}, una vuelta {revolución} hacia el yo propio” (Freud, 1923, p. 55).*

Se puede conjeturar que el prístino entrelazamiento pulsional que daba por resultado las manifestaciones bifrontes del sadismo y masoquismo, se complejiza en el decurso vital del individuo en interacción con el medio, propiciando nuevas mezclas y desmezclas pulsionales que inciden definitivamente en la constitución del psiquismo. Es lo que acontece con el complejo de Edipo, hito fundamental de la subjetivación humana y garante de la cultura. Para que el yo sea capaz de dominar el complejo de Edipo, debe ocurrir una identificación con el arquetipo que prohíbe, sometiéndose al mismo tiempo a él. Esta identificación tendría el carácter de una desexualización o una sublimación, a raíz de lo cual se daría una desmezcla de pulsiones. El componente erótico quedaría desligado de la pulsión de muerte, la cual se expresaría como agresión y destrucción características del superyó (Freud, 1923). Este superyó deviene sádico al ligarse libidinalmente con los componentes masoquistas del yo.

Para cerrar este trayecto, las palabras del propio Freud que remarcan el carácter transversal de la agresividad en la constitución psíquica, alcanzando su inscripción decisiva en el complejo de Edipo:

*“Y la angustia frente a esa instancia crítica (angustia que está en la base de todo el vínculo), o sea la necesidad de castigo, es una exteriorización pulsional del yo que ha devenido masoquista bajo el influjo del superyó sádico, vale decir, que emplea un fragmento de la pulsión de destrucción interior, preexistente en él, en una ligazón erótica con el superyó. [...] Es, entonces, la expresión inmediata de la angustia frente a la autoridad externa, el reconocimiento de la tensión entre el yo y esta última, el retoño directo del conflicto entre la necesidad de su amor y el esfuerzo a la satisfacción*

*pulsional, producto de cuya inhibición es la inclinación a agredir” (Freud, 1930 [1931] p. 132).*

## **7. CAPÍTULO II: LA AGRESIVIDAD EN LA CONSTITUCIÓN DEL PSIQUISMO SEGÚN WINNICOTT**

*“El ser humano comienza por ser no sujeto, sino objeto. El niño, en efecto, existe y se siente a sí mismo únicamente a través de la atención de su madre, atención idolizante: es el objeto de los cuidados maternos. Durante estos últimos años, hemos sido adoctrinados por una teoría que sostiene que la psique del lactante es un caldero de ansiedades infinitas y de incesantes conflictos, que hemos llegado a olvidar que, inicialmente, el niño existe solo como objeto de los cuidados y del amor materno”*  
*(Masud Khan, 1983, p. 117. En: Lacruz, 2013).*

### **7.1. Sobre el desarrollo emocional del infante**

Para situar la agresividad en la conformación temprana del psiquismo desde una visión winnicottiana, es necesario introducir ciertos aspectos centrales de su obra que permitan obtener una visión de conjunto.

Según esta teoría del desarrollo emocional, la conformación temprana del psiquismo acontece en el contexto de la interacción e interdependencia de la diada madre-infante, caracterizado por los ajustes adaptativos del ambiente a las necesidades de la criatura. En esta fase temprana, en la que él bebe es impensable sin su madre, el énfasis está dado por el tránsito desde la dependencia absoluta de la criatura respecto de los cuidados ambientales, hacia la independencia de los mismos, mediante un desarrollo correlativo de integración de la personalidad. Estos procesos de maduración

sólo serán posibles en función de un ambiente facilitador. Al respecto, Winnicott (1963, p. 101) declara:

*“Cabe decir que el medio ambiente posibilita la marcha ininterrumpida de los procesos de maduración. Pero el medio ambiente no hace al niño; en el mejor de los casos, lo que hace es permitirle realizar su potencial. El término “procesos de maduración” se refiere a la evolución del ego y de la personalidad, e incluye toda la teoría del id, de los instintos y sus vicisitudes, así como las defensas en el ego en relación con el instinto”.*

Por medio ambiente, Winnicott se refiere en primera instancia a los cuidados maternos, a cómo la madre se adapta a las necesidades de su bebé <sup>7</sup>. Lo fundamental de esta fase temprana de la constitución del psiquismo, signada por el desarrollo del ego o integración del self, se juega en la capacidad que el ambiente facilitador tenga para “sostener” la “continuidad existencial” de la criatura, es decir, que esta no se vea amenazada o interrumpida. Así entiende Winnicott su idea sobre la continuidad existencial:

*“Todos los procesos de una criatura viva constituyen una continuidad existencial, una especie de programa o plan detallado para la existencia. La madre que sabe entregarse durante un breve período a esta su misión natural, sabe igualmente proteger la continuidad existencial de su hijo. Todas las amenazas, conflictos o fallos de adaptación suscitan en la criatura una reacción que trunca la citada continuidad. Si tales reacciones marcan la pauta en la vida de una criatura, se producirá una grave*

---

<sup>7</sup> Al respecto, formula el concepto “preocupación maternal primaria”.

*interferencia en la tendencia natural a convertirse en una unidad integrada, capacitada para conservar una personalidad dotada de pasado, presente y futuro. Con la ausencia relativa de reacciones ante amenazas, etcétera, las funciones corporales de la criatura proporcionan una buena base sobre la que edificar un ego corporal. De esta manera se coloca la quilla para la salud mental en el futuro” (Winnicott, 1963:103).*

Esta continuidad existencial se cumple en la medida en que la criatura es capaz de expresar un “gesto espontáneo”, relacionado íntimamente con la omnipotencia infantil y el principio de placer. Motivado por las tensiones instintivas, la criatura se expresa en función de alcanzar algo, que de ser logrado, lo será porque efectivamente ese algo “ya estaba ahí” (provisto por el ambiente), otorgando al infante la “ilusión de creación” de la realidad. La ratificación de este aspecto creador de la experiencia, que acontece al unísono del gesto espontáneo, fomenta la integración paulatina del ego o self verdadero, que se encuentra en la raíz del gesto en cuestión. Winnicott dirá:

*“De manera periódica, el gesto del niño da expresión a un impulso espontáneo; la fuente del gesto es el ser verdadero, por lo que el gesto indica la existencia de un ser verdadero en potencia. Es preciso que veamos de qué manera responde la madre a esta omnipotencia infantil revelada por el gesto (o por un agrupamiento sensoriomotor). Aquí he enlazado la idea de un ser verdadero con el gesto espontáneo. En este período de desarrollo del individuo la fusión de la movilidad y de los elementos eróticos se halla en proceso de constitución” (Winnicott, 1960:175).*

Se debe recalcar que el principio que rige los procesos de maduración tempranos aludidos, corresponde al de integración de la personalidad y desarrollo del

ego, lo cual es inseparable de los cuidados ambientales. En esta etapa, el ego materno complementa y da fuerzas al incipiente ego infantil, que brega por apropiarse de las fuerzas del id, entrelazadas caóticamente y por lo decirlo así, ajenas a la experiencia. En la medida en que el ego vaya siendo capaz de dominar estas fuerzas, ellas mismas contribuirán en su refuerzo. Otra forma en que Winnicott se refiere a este proceso, es utilizando el concepto de “personalización”, que da cuenta del progresivo acoplamiento del psique y el soma, originariamente disociados. De igual forma, este concepto retrata cómo las fuerzas del id, al principio externas, van siendo contenidas por el ego que se edifica sobre ellas, integrándolas en una experiencia personal. El resultado positivo de estos procesos de integración, dan por resultado la formación de un self verdadero. Sobre el particular, Winnicott indica:

*“El self verdadero surge de los tejidos y las funciones corporales, incluso de la acción del corazón y de la respiración. Está estrechamente vinculado con la idea del proceso primario, y al principio es esencialmente no-reactivo a los estímulos externos, sino primario. La idea del self verdadero se justifica principalmente para tratar de comprender al self falso, porque no hace más que reunir los detalles de la experiencia de estar vivo”* (Winnicott, 1960:193).

Si la madre, como elemento fundamental de un “ambiente facilitador”, logra satisfacer la omnipotencia del infante expresada en su “gesto espontáneo”, será catalogada como “suficientemente buena”. Si esta satisfacción es repetitiva, el ego se fortalece al dársele “continuidad” a las expresiones de omnipotencia. También puede existir una madre “no suficientemente buena”, que no es capaz de instrumentar, de sostener la omnipotencia del infante, de modo que repetidamente falla en dar

satisfacción al gesto de la criatura. En lugar de ello, lo reemplaza por su propio gesto, que adquirirá sentido por la sumisión del infante. Esta sumisión por parte del infante es la etapa más temprana del self falso, y corresponde a la ineptitud de la madre para sentir las necesidades de su bebé.

La satisfacción del gesto espontáneo, mediante la adaptación materna, será decisiva para otorgar la “ilusión” de creación de la realidad. Esta ilusión es posible únicamente porque existe una realidad objetiva (en un principio, percibida enteramente de forma subjetiva) que responde a la propia “capacidad de crear” de la criatura. Así lo expresa Winnicott:

*“[...] el niño empieza a creer en la realidad externa que se comporta y manifiesta como por arte de magia (debido al éxito relativo de la adaptación materna a los gestos y necesidades infantiles), y que actúa de una forma que no choca con la omnipotencia del pequeño. Partiendo de esta base, el pequeño abroga gradualmente la omnipotencia. El ser verdadero está dotado de espontaneidad, a la que se unen los acontecimientos del mundo. Entonces el pequeño puede empezar a gozar de la ilusión de creación y control omnipotentes, para reconocer más tarde, gradualmente, el elemento ilusorio, el hecho de jugar e imaginar. He aquí la base del símbolo que al principio consistirá tanto en la espontaneidad o alucinación del niño como en el objeto externo creado y finalmente catectado (Winnicott, 1960:176).*

Esta situación paradójica en que la criatura “crea el objeto que previamente estaba ahí”, se liga directamente con la cuestión de la agresividad, y será desarrollado en lo que sigue.

La creación del self verdadero y el paulatino percatamiento de la realidad externa como “no yo”, presupone al mismo tiempo la integración del psique soma, dependiente de que los procesos de maduración puedan seguir un curso normal en función de un ambiente suficientemente bueno. Al respecto, y cerrando este apartado introductorio, cabe remarcar una distinción mencionada previamente, que merece mayor atención, pues es fundamental para comprender los desarrollos teóricos expuestos. Se refiere a la diferencia que establece Winnicott entre necesidades del ego y necesidades del id. Los instintos, para este autor, o lo pulsional, traducido a un lenguaje freudiano, son secundarios en relación al principio de integración del ego o del self, puesto que sin su asimilación por el yo, no existe algo que pueda ser catalogado como una “experiencia” personal.

*“Debe subrayarse que al referirme a la satisfacción de las necesidades del infante no hablo de la satisfacción de instintos. En el ámbito que estoy examinando, los instintos aún no están claramente definidos como internos. Pueden ser tan externos como un trueno o un golpe. El yo del infante está acopiando fuerza, y en consecuencia se acerca a un estado en que las exigencias del ello serán sentidas como parte del self, y no como ambientales. Cuando se produce este desarrollo, la satisfacción del ello pasa a ser un muy importante fortalecedor del yo, o del self verdadero, pero las excitaciones del ello pueden ser traumáticas cuando el yo todavía no puede incluirlas ni es capaz de absorber los riesgos involucrados y las frustraciones experimentadas” (Winnicott, 1960:184).*

Esta diferencia entre necesidades del ego y necesidades del id, corresponde a una de las piedras angulares de la teoría winnicottiana, y permite introducir la problemática de la agresividad, objeto de esta tesina.

## **7.2. Teoría de la agresividad en Winnicott**

*Solo si sabemos que el niño desea derribar la torre de ladrillos, le resulta valioso comprobar que puede construirla (Winnicott, 1939).*

Se ha efectuado una presentación básica de aspectos centrales de la obra winnicottiana, con el propósito de desarrollar la temática de la agresividad en un contexto situado. Winnicott desarrolló una concepción propia de la agresividad, que se distingue de la planteada por Freud, a la vez que recoge valiosos elementos de la obra de Melanie Klein, aunque también se desmarca de ella. Estas ideas son desarrolladas a lo largo de toda su obra, dedicando una serie de textos exclusivos al tema.

En la etapa de dependencia absoluta en que el infante sólo se relaciona con “objetos subjetivos” y no existe noción de una realidad exterior, Winnicott plantea la existencia de una “fuerza vital” que combina en sí lo erótico con lo agresivo. Estas serían las dos fuentes del impulso instintivo primordial. Tal vez sería más exacto decir, en vistas de los avances que va teniendo su teoría, que al comienzo existe sólo un impulso amoroso primitivo, identificado con el ello, el cual tiene una cualidad destructiva adjunta. Esta agresividad implícita, no intencional, es solamente incidental en la satisfacción del ello, y está asociada en estos primeros tiempos a la movilidad o contractibilidad, desde la vida intrauterina en adelante. Será un logro del desarrollo - posibilitado por el ambiente facilitador- que este impulso de amor primitivo

desagregado en eros y agresión (motilidad, descarga muscular), logre una fusión. De este modo lo plantea Winnicott (1960, p. 51):

*“Al mismo tiempo, en la criatura empiezan a aunarse dos raíces del comportamiento impulsivo. El término fusión indica el proceso positivo por medio del cual los elementos difusos pertenecientes al movimiento y al erotismo muscular se funden (en los casos normales) con el funcionamiento orgiástico de las zonas erógenas. Este concepto es más conocido bajo el nombre de “proceso inverso de de-fusión” que es un complicado mecanismo de defensa en el que la agresión queda separada de la experiencia erótica tras un período durante el cual se ha conseguido cierto grado de fusión. Todas estas fases de desarrollo corresponden a la condición ambiental del sostenimiento, sin la cual es imposible alcanzarlas o, una vez alcanzadas, instaurarlas”.*

En su texto “Agresión y Desarrollo Emocional” (1950-1955, p. 277), Winnicott presenta la problemática de la agresividad según las fases del desarrollo del yo, que serían tres:

-Fase temprana: de preintegración, propósito sin inquietud.

-Intermedia: Integración, propósito con inquietud, culpabilidad.

-Total personal: relaciones interpersonales, situaciones triangulares, conflicto consciente e inconsciente.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> Esta fase corresponde a los avatares de la agresividad tal como fueron desarrollados por Freud en el marco del complejo de Edipo. Para Winnicott, las fuentes definitorias del componente agresivo datan de las fases más precoces del desarrollo emocional, por lo que no profundiza en esta fase. Esta investigación tampoco.

Lo que se acaba de presentar acerca del amor primitivo, correspondería a la fase temprana, en donde lo característico de la agresividad corresponde a su carácter inmotivado, pues no existe el grado de integración personal (del ego) que otorgue una intención al gesto agresivo, por lo tanto no hay inquietud (responsabilidad). Principalmente, esta movilidad contribuye a explorar el mundo, a diferenciar el yo del no yo, y lo que es fundamental, a sentar las bases de las relaciones objetales, en la medida en que el movimiento “choca” con los objetos externos, distinguiéndolos. En su texto de 1964, “Las Raíces de la Agresión”, Winnicott se refiere a esta etapa del siguiente modo:

*“Estos golpes tempranos inducen al bebé a descubrir el mundo exterior, distinto de su self, y a empezar a relacionarse con los objetos externos. Por lo tanto esa conducta, que pronto será agresiva, al principio es un mero impulso que conduce a un movimiento y a los comienzos de la exploración del mundo exterior. Siempre existe este tipo de vínculo entre la agresión y el establecimiento de una diferenciación neta entre lo que es el self y lo que no es el self” (Winnicott, 1964).*

En esta etapa de preinquietud radicaría la raíz de la agresividad, como agresividad primaria -o “amor cruel” (puesto que el eros contiene el impulso agresivo de modo no intencional, destruyendo por placer y sin querer)- ligada directamente con el gesto espontáneo del infante, que se recordará, brota del self verdadero en potencia. Si el ambiente asegura la continuidad existencial de este gesto espontáneo, el impulso agresivo contribuye a generar la ilusión de creación de la realidad, puesto que lo que se destruye (en el origen, el pecho materno), sobrevive, entonces existe autónomamente, fuera del campo de la omnipotencia. Así quedan establecidos los

cimientos de un self básico que posibilita el reconocimiento de una realidad “no yo”. Esto marca el tránsito a la fase intermedia propuesta por Winnicott, cuyo rasgo distintivo es la aparición de la “inquietud”.

Esta fase tiene un parentesco muy cercano con la fase depresiva propuesta por Melanie Klein. Ya existe un grado suficiente de integración del ego que permite al infante relacionarse ya no con objetos subjetivos o parciales, sino con objetos totales que escapan al control omnipotente. Se discierne lo interno de lo externo, y la experiencia cobra un carácter decididamente personal. Winnicott (1963, p. 90) señala que *“Esta riqueza personal surge de la experiencia simultánea de odio y amor, que a su vez entraña la consecución de la ambivalencia, cuyo refinamiento y enriquecimiento llevan a la aparición de la inquietud”*.

Como afirma, esta ambivalencia se refiere básicamente a que el infante es capaz de responsabilizarse por dirigir al mismo objeto -madre- tanto sus impulsos agresivos como eróticos. Su agresividad ya es intencional, sin embargo, producto de que la madre se ha adaptado a esta agresividad -sobreviviendo (lo que básicamente significa “no mostrando represalias”, es decir, no atacando de vuelta ni desapareciendo)-, el niño también la ama. Esta fase predispone al infante a un tipo especial de angustia o sentimiento de culpabilidad, que se relaciona con la idea de destrucción y amor simultáneos. Esta angustia llevará al niño hacia un comportamiento constructivo, o activamente amoroso, dentro de su mundo limitado, reavivando el objeto, haciendo que el objeto amado se reponga, reconstruyendo lo que ha sido destruido o dañado en la fantasía. Winnicott describe claramente el origen del sentimiento de culpa como sigue:

*“La madre es necesaria durante este período debido a su valor de supervivencia. Se trata de una «madre medio ambiente» y, al mismo tiempo, de una madre-objeto», el objeto de un amor excitado. En el desempeño de este segundo papel, la madre se ve repetidamente destruida o dañada. Paulatinamente, el niño llega a integrar estos dos aspectos de la madre y a ser capaz de amar y de mostrarse afectuoso con la madre superviviente al mismo tiempo. Esta fase envuelve al niño en un tipo especial de angustia que llamamos sentimiento de culpabilidad, culpabilidad que se relaciona con la idea de destrucción y amor simultáneos. Es esta angustia la que lleva al niño hacia un comportamiento constructivo, o activamente amoroso, dentro de su mundo limitado, reavivando el objeto, haciendo que el objeto amado se reponga, reconstruyendo lo que ha sido destruido. Si la figura materna no logra acompañar al niño durante toda esta fase, el niño no encuentra, o pierde si la ha encontrado, la capacidad para sentir culpabilidad, experimentando en su lugar una forma cruda de angustia que es meramente negativa” (Winnicott, 1960, p. 123).*

En su obra póstuma “Realidad y Juego (1971)”, Winnicott presenta una de sus tesis sobre la agresividad:

*“El postulado central de mi tesis afirma que en tanto que el sujeto no destruye el objeto subjetivo (material de proyección), la destrucción aparece y se convierte en un aspecto central cuando el objeto es percibido de manera objetiva, tiene autonomía y pertenece a la realidad “compartida”[...] En general se entiende que el principio de realidad envuelve al individuo en la ira y la reacción destructiva, pero mi tesis dice que la destrucción desempeña un papel en la formación de la realidad, pues ubica el objeto*

*fuera de la persona. Para que así suceda son necesarias condiciones favorables”*  
(Winnicott, 1971, p. 122).

Es posible apreciar que para Winnicott el impulso agresivo o destructivo tiene una connotación “creadora”, en tanto posibilita el encuentro con una exterioridad real, con un “no yo”, que por contraste, contribuye al desarrollo de un yo o self integrado. Sin embargo, esta integración de la personalidad supone hacerse responsable de la destrucción en la fantasía inconsciente vinculada con la relación de objeto, génesis de lo que este autor entiende por “sentimiento de culpa”. Sobre la culpa experimentada por el daño ejercido a la persona amada, adquiere sentido el binomio “construcción - destrucción”. La culpa, asociada a la ambivalencia afectiva, sólo será tolerable si existe la alternativa de una meta constructiva, ya sea una actividad creativa, un juego imaginativo o un trabajo útil. Esta “tendencia a la reparación” cabría interpretarla como un acto mediante el cual la persona está “fortaleciendo su self”, posibilitando así la tolerancia de su destructividad inherente. En palabras del autor:

*“Supongamos que ustedes bloquean la reparación de algún modo. Esa persona quedará incapacitada, hasta cierto punto, para responsabilizarse de sus impulsos destructivos y, desde el punto de vista clínico, el resultado será la depresión o una búsqueda de alivio mediante el descubrimiento de la destructividad en otra parte (o sea, utilizando el mecanismo de la proyección)”* (Winnicott, 1960).

Responsabilizarse por la propia destructividad, será un signo de la “salud”, según Winnicott, la cual se traduce en un grado adecuado de integración de la personalidad. Se trata de tolerar la meta destructiva imbricada en la forma más temprana del amor. El sentimiento de culpa, signo de esta integración, se hará

soportable si la persona tiene una meta constructiva en que plasmar su tendencia a la reparación. Winnicott (1960), lo retrata como sigue:

*“[...] la integración fallará si nos vemos obligados a encontrar los objetos que desaprobamos fuera de nosotros y a un precio: la pérdida de aquella destructividad que en realidad nos pertenece. Por eso digo que todo individuo debe desarrollar la capacidad de responsabilizarse por la totalidad de sus sentimientos e ideas. La palabra "salud" (en el sentido de una buena salud) está estrechamente ligada al grado de integración que posibilita asumir esta responsabilidad plena.”*

### **7.3. Agresividad reactiva**

No se puede finalizar este capítulo sin mencionar la forma en que se expresa la agresividad cuando han existido desajustes entre los procesos de maduración y el medio ambiente. Winnicott denomina “agresividad reactiva” al impulso agresivo deformado por la frustración externa, en tanto el niño debe “reaccionar” ante los ataques ambientales, interrumpiendo su continuidad existencial, y en definitiva, la conformación de un self verdadero. La característica esencial de este fenómeno es el desarrollo de un mecanismo de defensa que escinde los componentes elementales del impulso primitivo -amor y odio- en vías separadas, produciéndose una disociación del objeto en bueno o malo. El ambiente, ya sea por intrusión excesiva u omisión de cuidado, no posibilitó la fusión de los elementos agresivos y eróticos, facultando la expresión de una agresividad pura de-fundida (y según cual sea su objeto, orientada

masoquista o sádicamente). Para una comprensión sintética y nítida de lo que Winnicott entiende por agresividad reactiva, se cita al autor:

*“Cuando en esta fase tan precoz, la salud es mala, es el medio quien lanza los ataques, mientras la fuerza vital se ve absorbida en las reacciones ante tales ataques; el resultado es lo contrario a una instauración temprana y firme del “yo”. En el caso extremo hay muy escasa experiencia de los impulsos salvo en forma de reacciones, y el “yo” no se instaura. En su lugar nos encontramos con un desarrollo basado en la experiencia de la reacción ante el ataque, produciéndose un individuo al que llamamos falso, porque la impulsividad personal no existe. En este caso no hay fusión de los componentes agresivos y eróticos, ya que el “yo” no está instaurado aún cuando se producen las experiencias eróticas. El niño vive realmente, debido a que se le seduce hacia una experiencia erótica; pero aparte de la vida erótica, que nunca da sensación de ser real, se halla una vida reactiva puramente agresiva y que depende de la experiencia de oposición”*(Winnicott, 1950-1955, p. 292).

La agresividad reactiva está a la base de variados desórdenes mentales y constituye la clave para entender los fecundos desarrollos teóricos de Winnicott acerca de la tendencia antisocial. Este fenómeno obedecería retrospectivamente a fallas en la provisión ambiental (deprivación emocional), que no posibilitaron un grado adecuado de fusión entre los impulsos eróticos y agresivos, y por lo tanto una integración del yo precaria. Esto repercute directamente en una alteración de la persona respecto a su capacidad de experimentar culpa, y por consiguiente, en su potencial constructivo de reparación. La tendencia antisocial representará, según Winnicott, una esperanza de llenar ese vacío que reclama recobrar la continuidad existencial fragmentada, como si

se tratase de una deuda que debe ser saldada. Esperanza de acceder a la culpa y a la responsabilidad que ella implica, como un imperativo del ego para experimentarse como más real, con un sentimiento de sí acrecentado.<sup>9</sup>

Para finalizar, interesa recalcar el aspecto positivo que Winnicott otorga a la agresividad, como un impulso primitivo que contribuye a la “creación” de la exterioridad y cuya integración a la personalidad es esencial para la conformación de un verdadero self, que permita a la persona aportar constructivamente a la sociedad. Así es como en uno de sus principales estudios sobre la agresividad, Winnicott menciona la que será una de sus premisas generales acerca de la agresividad:

*“La principal idea de este estudio sobre la agresión es la de que si la sociedad está en peligro no es a causa de la agresividad del hombre, sino de la represión de la agresividad individual de los individuos.”* (Winnicott, 1950-1955, p. 275).

---

<sup>9</sup> Evidentemente que para que esto suceda, dependerá de cada caso concreto según sea el grado de perturbación, así como de si las respuestas del ambiente -sociedad, familia, escuela, grupo de pares, etc.- apuntan a generar el “sostén” necesario para movilizar los procesos de maduración estancados requeridos para la integración. Winnicott tiene un libro dedicado exclusivamente a este tema, denominado “Deprivación y Delincuencia”.

## 8. CAPÍTULO III : SÍNTESIS REFLEXIVA

*“Yo repito, pues, que estamos apenas en el inicio. Yo apenas soy un iniciador. Conseguí desenterrar monumentos enterrados en los sustratos de la mente. Pero allí donde yo descubrí algunos templos, otros podrán descubrir continentes.”*  
Sigmund Freud (1926) (entrevista)<sup>10</sup>

En los dos capítulos que anteceden, se ha hecho una lectura acerca del lugar de la agresividad en la constitución del psiquismo temprano en Freud y Winnicott, respectivamente. A continuación, se presenta una síntesis conceptual del recorrido efectuado en cada uno de los autores, en que se proponen los hallazgos más relevantes a considerar en vistas de cumplir con los cometidos de esta investigación.

### 8.1. El lugar de la agresividad en la constitución psíquica temprana en Freud

Si se tuviera que caracterizar de forma gruesa el modelo sobre la agresividad en Freud, según la lectura efectuada en esta tesina, es plausible afirmar que este se sustenta sobre los planteamientos acerca de lo pulsional, en especial, lo referido a la pulsión de muerte. Ligado a lo pulsional, también el complejo de Edipo se evidencia como un articulador clave de la agresividad en la constitución del psiquismo, a través de la génesis del superyó. La agresividad, desde una posición freudiana, correspondería a la exteriorización a través de la musculatura, de un impulso irresistible y primordial. Así lo señala en el Malestar en la cultura: *“Entonces, para todo lo que sigue me sitúo*

---

<sup>10</sup> Esta entrevista fue concedida al periodista George Sylvester Viereck en 1926 en la casa de Sigmund Freud en los Alpes suizos. Se creía perdida, pero en realidad se encontró que había sido publicada en el volumen de "Psychoanalysis and the Fut", en Nueva York en 1957. Fue traducida del inglés al portugués por Paulo César Souza y al castellano por Miguel Ángel Arce. Accesible en: <http://www.clinicamente.com.ar/articulos/ev-freud.htm>

*en este punto de vista: la inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano. (Freud, 1930 [1931], p. 115) ”*

La raíz de la agresividad, como pulsión de muerte, evidencia su naturaleza eminentemente autodestructiva. La escena metapsicológica de los orígenes (mítica, dirá Freud en el Yo y el ello) correspondería a que el ser, para no autodestruirse producto de la pulsión que tiende a recobrar la inercia alterada, saca de sí, proyecta la pulsión al exterior en forma de agresividad (a través del narcisismo). Este modelo básico marcará el patrón a través del cual la agresividad, como pulsión de muerte mezclada con Eros<sup>11</sup>, estructura la dinámica de la psique -Edipo mediante- como esencialmente sadomasoquista. El sadismo originario, como agresividad volcada al exterior, puede ser introyectado, volviendo sádico al superyó en contra del propio yo, quien, mientras tanto, reaviva en sí el masoquismo primordial del ser que tendía a la auto aniquilación, huella arcaica de las primeras mezclas pulsionales en que sadismo y masoquismo eran indiscernibles. El nuevo masoquismo del yo será un masoquismo secundario, que se liga libidinalmente con el sadismo superyoico, “sujetando” al individuo a una psicodinámica particular, que como se aprecia, aparece signada por la agresividad.

Freud recalca el valor que para la cultura humana tiene la formación en cada individuo de la instancia psíquica del superyó, devolviendo la agresividad contra el propio sujeto en vez de volcarla contra el prójimo. Sin embargo, lo que se quisiera enfatizar en esta investigación y que emerge como un hallazgo de la misma, apunta a

---

<sup>11</sup> Freud dirá que la pulsión de muerte en sí misma es inaprensible, es muda, y que sólo ligada con Eros es posible dar cuenta de su influjo.

destacar la relación que existe entre el superyó, el narcisismo, y la agresividad. El lector podrá remitirse al capítulo I, punto 6.3 Del Narcisismo al Superyo, donde se señala en detalle el modo en que la libido narcisista se desplaza a un “ideal del yo”, como un medio de no renunciar a la plenitud libidinal del narcisismo infantil. Procedimiento que como se sabe, acontece propulsado por la represión del complejo de Edipo. Lo importante de señalar acá, es que Freud menciona que “la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento del ideal”. Sólo un recordatorio de cómo Freud se refiere al particular:

*“La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces, y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y, como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública). Grandes montos de una libido en esencia homosexual fueron así convocados para la formación del ideal narcisista del yo, y en su conservación encuentran drenaje y satisfacción”* (Freud, 1914, p. 92-93).

Para arribar al desenlace de esta argumentación, es necesario reiterar sucintamente ciertos aspectos que clarifican la formación del superyó. Es pertinente referirse a la “ambivalencia” afectiva que precede a la formación del superyó, expresada como el conflicto entre el amor y el odio que el niño siente simultáneamente hacia el padre.<sup>12</sup> Esta será la raíz del “sentimiento de culpabilidad”, el problema más importante de la evolución cultural, según Freud. De hecho, producto de este amor, es

---

<sup>12</sup> Sólo se abarca en esta tesina la génesis del superyó desde un punto de vista masculino. Lo cual no le resta validez general a lo señalado sobre la agresividad, según este autor.

que el niño se identifica con la imagen del padre, introyectándola, y así, eternizándola como superyó. Si bien será el odio, la agresión contenida contra el padre que censura el acceso a la satisfacción libidinal, la que otorgará al superyó su carácter y energía. De este modo, la culpa se transforma en la marca registrada de nuestra conciencia, producto de la sofocación de la agresión, expresándose como necesidad de castigo. Estos planteamientos extraídos del “Malestar en la cultura” exponen los avatares de la agresividad inserta en una lógica edípica, que vuelve dificultoso ligar con sus planteamientos anteriores, de tenor más metapsicológico (como en el Yo y el ello, por ejemplo). Freud precisa:

*“Es, entonces, la expresión inmediata de la angustia frente a la autoridad externa, el reconocimiento de la tensión entre el yo y esta última, el retoño directo del conflicto entre la necesidad de su amor y el esfuerzo a la satisfacción pulsional, producto de cuya inhibición es la inclinación a agredir”* (Freud, (1930 [1931], p. 132).

Y en otro párrafo seguido del anterior, clarifica aún más:

*“Pero, ¿cómo explicar dinámica y económicamente que en lugar de una demanda erótica incumplida sobrevenga un aumento del sentimiento de culpa? Pues bien; ello sólo parece posible por este rodeo: que el impedimento de la satisfacción erótica provoque una inclinación agresiva hacia la persona que estorbó aquella, y que esta agresión misma tenga que ser a su vez sofocada. En tal caso, es sólo la agresión la que se trasmuda en sentimiento de culpa al ser sofocada y endosada al superyó”* (Freud, (1930 [1931], p. 134).

Estas citas finales de El malestar en la cultura, dan la impresión de que Freud acaba entendiendo la agresividad de modo reactivo, consecuencia de la frustración

libidinal, y no como derivado pulsional autónomo. Sin embargo, de todas formas se reitera la tesis de la mezcla de pulsiones, que en ese momento crucial marcado por la resolución del Edipo, moviliza la agresividad de un modo tal, dando origen al superyó.

Hechas estas aclaraciones, se plantea como resultado de esta investigación que la agresividad en Freud ocupa un lugar transversal en la constitución del psiquismo, otorgando a la psique una cualidad esencialmente sadomasoquista. Esta cualidad particular quedaría determinada por el advenimiento del superyó. Cabe remarcar como hallazgo relevante, el proceso mediante el cual acontece la trasmudación de libido narcisista en superyó, puesto que se entiende que la agresividad sofocada es el factor determinante en la génesis de esta instancia psíquica. Este tránsito fijará una dinámica pulsional en la cual la agresividad quedará inscrita de un modo característico en el psiquismo. Hasta el último momento, Freud insiste en el indisoluble lazo que une a Eros y Tánatos, a la libido con la pulsión de muerte, puesto que en la medida en que el yo logre cumplir con lo impuesto por el superyó, se reactualiza la libido narcisista como narcisismo secundario, contrapeso del Eros al esfuerzo autodestructivo de la pulsión de muerte. Por lo tanto, para la salud, será por completo necesario la culpa o necesidad de castigo implícita en la trama sadomasoquista de la psique, pues posibilita la acción de la libido narcisista para otorgar continuidad y cohesión al psiquismo. El resultado del narcisismo secundario será un “sentimiento de sí” potenciado, pero como se desprende de lo anterior, la culpa, como incitación perenne y a contrapelo de cumplir con el ideal del yo, será el requisito para acceder a él.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Freud se refiere al “sentimiento de sí” en Introducción del narcisismo. Señala tres instancias que realzan el sentimiento de sí: “Una parte del sentimiento de sí es primaria, el residuo del narcisismo

## 8.2. La agresividad en la conformación del psiquismo en Winnicott

A continuación, se exponen los hallazgos relevantes en relación al lugar de la agresividad en Winnicott, para proceder finalmente a realizar una reflexión integradora.

Winnicott establece las raíces de la agresividad asociándola a una “fuerza vital”, que combina en sí lo erótico y lo agresivo. Estos dos impulsos, si el ambiente lo favorece (sostenimiento), comienzan un proceso de integración correlativo a la integración del self (psique-soma). La agresividad en esta fase que Winnicott denomina de “preinquietud”, obedece al “gesto espontáneo” del bebé asociado a la descarga de la motilidad a través de la musculatura.

*“[...] el impulso amoroso primitivo (ello) funciona en una etapa en la que el crecimiento del yo sólo está en su comienzo, en que la integración, por ejemplo, no es algo ya instaurado. Existe un amor primitivo que funciona cuando todavía no hay una capacidad para aceptar responsabilidades. En este período ni siquiera existe la crueldad; es un período de preverdad, y si la destrucción forma parte del impulso del ello, entonces, la destrucción es solamente incidental para la satisfacción del ello. La destrucción únicamente pasa a ser responsabilidad del yo cuando existe una integración del yo y una organización del mismo suficiente para la existencia de la ira, y por consiguiente del miedo al talión” (Winnicott, 1955-1950, 283-284).*

---

*infantil; otra parte brota de la omnipotencia corroborada por la experiencia (el cumplimiento del ideal del yo), y una tercera, de la satisfacción de la libido de objeto” (Freud, 1914, p. 96-97).*

En esta fase no existe “intención” de la conducta agresiva y su característica principal será la “avidez”, expresión que refleja la indiferenciación de la fuerza vital de amor y agresión combinados, en el erotismo oral. La consecuencia principal de esta agresividad, denominada agresividad primaria, será posibilitar los primeros atisbos de “lo exterior”, de un “no yo” que se contrapone a un “yo”. En palabras del autor:

*“La conclusión inmediata que se saca de esta observación es que en las primeras fases, cuando se están instaurando el “yo” y el “no yo”, es el componente agresivo el que con mayor seguridad conduce al individuo a una necesidad de sentir un “no yo” o un objeto externo. Las experiencias eróticas pueden ser complementadas mientras el objeto es subjetivamente concebido o personalmente creado, o mientras el individuo se halla cerca del estado narcisista de identificación primaria propia de una fecha anterior”* (Winnicott, 1950-1955, p. 289).

En la medida en que el objeto es destruido, y sobrevive, es decir, que no muestra represalias y reaparece sistemáticamente, se preserva la continuidad existencial del infante y su ilusión creadora. Sin embargo, el objeto se torna cada vez más real y objetivo, producto de los inevitables (y necesarios) fallos ambientales. Al adquirir el objeto un grado de realidad en que sea percibido como algo no-yo que escapa (gradualmente) a la omnipotencia, por contraste a un yo fortalecido (capaz de experimentar los impulsos eróticos y agresivos fusionados), nace la inquietud, como angustia por el temor de haber dañado a la madre. Esta es la fase de “inquietud” (similar a la posición depresiva descrita por Melanie Klein), en que el niño adquiere la capacidad de “preocuparse” por el daño -fantaseado- infringido a la madre.

*“Gradualmente, a medida que el niño se va dando cuenta de que la madre sobrevive a sus ataques y acepta sus gestos reparatorios, él mismo se va capacitando para aceptar la responsabilidad de la fantasía total derivada del impulso instintivo que antes era simplemente despiadado. La crueldad da paso a la compasión; la indiferencia, a la inquietud. (Estos términos se refieren al desarrollo inicial.) Como ya he dicho esto entraña el reconocimiento paulatino de la diferencia entre la realidad y la fantasía, así como de la capacidad materna para sobrevivir al momento instintivo y, por tanto, estar presente para recibir y comprender el sincero gesto de reparación” (Winnicott, 1958, p. 24).*

Interesa dejar en claro, para no redundar en lo expuesto en el capítulo dos, y para dar respuesta a la pregunta de investigación, que la agresividad contribuye de manera determinante en la génesis e integración del self, posibilitando, en un primer momento, los primeros atisbos de la realidad objetiva o no-yo. En este sentido, la agresividad se presenta como inseparable de la “ilusión creadora”, en lo que ha sido denominada la “paradoja destructiva”, expuesta en el texto póstumo *Realidad y Juego* (Winnicott, 1971, p. 122):

*“Permítaseme repetirlo. El individuo puede llegar a esta posición en las primeras etapas del crecimiento emocional, solo por medio de la supervivencia real de objetos cargados, que al mismo tiempo pasan por el proceso de quedar destruidos porque son reales, y de volverse reales porque son destruidos (por ser destructibles y prescindibles).”*

Pero el lugar de la agresividad no se remite únicamente a colocar el objeto como externo. Avanzando en el desarrollo emocional, el impulso agresivo, ya integrado con

eros, dará origen al “sentimiento de culpa”, en la medida en que el yo debe (y puede) tolerar esta ambivalencia entre lo agresivo y lo erótico experimentada simultáneamente hacia la madre. Alcanzar el sentimiento de culpa será un logro del desarrollo emocional, e indica la existencia de un self lo suficientemente integrado como para tener una “experiencia” saludable (normal) de los impulsos del id. Winnicott dirá que es un requisito imprescindible para la salud el que cada cual sea capaz de hacerse responsable de sus impulsos agresivos inscritos en las formas más tempranas del amor: *“Lo difícil es que cada individuo asuma plena responsabilidad por la destructividad personal que en forma inherente atañe a una relación con un objeto percibido como bueno o, dicho de otro modo, con la destructividad que se relaciona con el amor. Aquí viene al caso hablar de integración, porque si es dable imaginar una persona totalmente integrada, esa persona asumirá plena responsabilidad por todos los sentimientos e ideas propios del estar vivo. En cambio, la integración fallará si nos vemos obligados a encontrar los objetos que desaprobamos fuera de nosotros y a un precio: la pérdida de aquella destructividad que en realidad nos pertenece. Por eso digo que todo individuo debe desarrollar la capacidad de responsabilizarse por la totalidad de sus sentimientos e ideas. La palabra "salud" (en el sentido de una buena salud) está estrechamente ligada al grado de integración que posibilita asumir esta responsabilidad plena. La persona sana se caracteriza, entre otras cosas, por no tener que aplicar en gran medida la técnica de la proyección para hacer frente a sus propios impulsos y pensamientos destructivos”* (Winnicott, 1960).

Esta responsabilidad, que se desprende de la capacidad de tolerar la ambivalencia, está estrechamente vinculada con las posibilidades de reparación de la

persona, es decir, de si esta cuenta con una meta constructiva que subsane el daño fantaseado (inconsciente). De ese modo, al reparar, se fortalece el self como medio de aumentar la tolerancia a la agresividad inherente, sin tener que recurrir a su proyección. El self preserva y fortalece su integración, manejando constructivamente la culpa, logrando un sentimiento de sí acrecentado.

## **9. REFLEXIÓN FINAL**

A través de la lectura realizada sobre la agresividad en la constitución del psiquismo de diversas obras de Freud y Winnicott, queda de manifiesto, en primer lugar, la “ubicuidad” de la agresividad en la constitución psíquica y su incidencia determinante en su estructuración y dinamismo. Esta cualidad estructurante no sería tal, si no fuera porque en ambos autores la agresividad conlleva un contrario, un opuesto, ya sea que esta dualidad se exprese como Eros y Tánatos (Freud), o impulso agresivo y erotismo (Winnicott). El valor de la agresividad cobrará sentido en esta oposición, reflejando en definitiva la dialéctica que subyace en el fondo del alma humana, que en los términos más generales, acontece entre el amor y el odio.

Sin duda, existen diferencias considerables en los planteamientos de ambos autores. En cuanto a los orígenes de la agresividad, Freud lo sitúa en la pulsión de muerte, como proyección y luego introyección de la misma. En último término, la agresividad responde a la dualidad pulsional (mezcla y desmezcla) y su exteriorización inhabilita la primigenia tendencia a la autodestrucción (posibilitando de este modo la concentración de libido narcisista).

En Winnicott no existe dualismo pulsional, rechazando explícitamente la idea de una pulsión de muerte. En cambio, propone una “fuerza vital” o “impulso primordial”, que aúna en sí dos tendencias básicas, el amor o erotismo y el impulso agresivo. Será un logro del desarrollo emocional que ambas tendencias logren fusionarse, posibilitando al ego experimentarlas como propias. En esta fase temprana, la agresividad, al estar íntimamente asociada a la expresión del gesto espontáneo, contribuye a la colocación del objeto y a la generación de la ilusión de creación de la realidad (experiencia de omnipotencia).

Ambos autores sitúan la agresividad en un modelo particular del psiquismo. En Freud, la agresividad se inscribe en su modelo pulsional, y en este sentido, obedece a principios generales subyacentes, a un “más allá del principio del placer” manifiesto como una “compulsión a la repetición”. En este escenario, la agresividad es representada como la exteriorización de la pulsión de muerte, pero sería más exacto afirmar que la agresividad se constituye como las manifestaciones de la pulsión de muerte en tanto proyecciones e introyecciones en ligazón con la pulsión de vida. La agresividad no se confunde con la pulsión de muerte, pero está en sintonía con ella en tanto tendencia a la autodestrucción, imponiendo su influjo decisivo en la constitución de la segunda tópica. Según esta visión, el aparato psíquico se regula y constituye en función de sus caracteres congénitos, en un proceso eminentemente intrapsíquico.

Winnicott, quien afirma que Freud da por sentado el cuidado materno y por lo tanto no repara en la variable de la dependencia temprana<sup>14</sup>, parte del supuesto que el

---

<sup>14</sup> Winnicott dirá que fue decisivo para su teorización encontrarse con esta cita de Freud, en su texto Formulación sobre los dos principios del acontecer psíquico: “*Con razón se objetará que una*

psiquismo infantil se construye en la relación de mutualismo entre el bebé y su madre, como representante crucial de un ambiente facilitador. En el origen no existiría un conflicto pulsional (intrapsíquico), sino la puesta en marcha de un proceso de maduración que sólo es posible en función de una relación diádica, cuyo *leitmotiv* refiere a satisfacer las necesidades del ego, en contraste con las necesidades del id, las cuales serían subsidiarias de las primeras. Las necesidades del ego se refieren básicamente a la integración de un self que a modo de un comando central, sea capaz de producir una “experiencia personal” de lo instintivo, con el consiguiente resultado de un fortalecimiento del mismo (Winnicott dirá que “No hay id alguno antes del ego”). La agresividad, en este modelo (denominado “relacional”, por ciertos autores modernos), queda ejemplificada a través de la “paradoja destructiva”, que explica cómo al ser destruido el objeto, es creado al mismo tiempo al sobrevivir a esta destrucción, creación de la realidad que “ya estaba ahí”, es decir, como ambiente efectivo.

Respecto al momento del desarrollo emocional en que la agresividad marca su inscripción en la construcción del psiquismo, ambos autores plantean escenarios intersubjetivos diversos. Freud considera que el componente agresivo de la pulsión de muerte ejerce su poder performativo del psiquismo una vez instaurada la represión del complejo de Edipo, puesto que en aquel momento la agresividad sofocada se fija en el superyó, marcando la sujeción del individuo a una economía libidinal particular. Se

---

*organización esclavizada del principio de placer e ignorante de la realidad del mundo exterior no podría mantenerse viva siquiera por un brevísimo espacio de tiempo, de tal manera que su misma existencia sería imposible. Sin embargo, la utilización de una ficción semejante se ve justificada cuando pensamos que el niño -siempre y cuando incluyamos en él el cuidado recibido de la madre- casi lleva a cabo un sistema psíquico de esta clase” (Freud, 1911, p. 224-225).*

presupone un contexto relacional triádico, en que el niño compite con el padre por la satisfacción libidinal de la madre, produciéndose la consabida herida narcisista. La introyección de la agresividad se manifestará como sentimiento de culpa o necesidad de castigo, respondiendo a la ambivalencia afectiva de amor y odio que existe hacia el padre.

Winnicott, si bien considera las relaciones triádicas dentro de su esquema de la agresividad, no lo desarrolla, pues considera que Freud dijo lo esencial al respecto. Para el autor, lo decisivo del impulso agresivo se juega en una relación diádica, es decir, pre edípica, en la fase que él denomina de inquietud, caracterizada por que el ego infantil es capaz de tolerar la ambivalencia afectiva hacia la madre. Winnicott no utiliza el concepto de superyó, sin embargo, sí se refiere al sentimiento de culpa, producto de la angustia ante la posibilidad de haber dañado a la madre. Para tolerar esta angustia será necesario hacerse “responsable” de la agresividad (inconsciente) asociada al amor, para lo cual es imprescindible contar con la seguridad que se puede restaurar lo dañado. Todo este circuito estará asociado a la tentativa de propiciar una integración más acabada del self.

Estas diferencias dan paso a lo que parecen puntos de encuentro entre ambas visiones. Dicen relación con la inscripción de la agresividad en el proceso de subjetivación humana, como factor crucial para el surgimiento del sentimiento de culpa. La culpa obedecería a la ambivalencia afectiva, y su aparición determina el ingreso del sujeto, como persona “total” que se relaciona con personas “totales”, en el universo de las relaciones interpersonales, es decir, de la cultura. La inquietud en Winnicott, o la necesidad de castigo en Freud, en definitiva, la culpa, es reflejo de esta

ambivalencia, que si bien es situada por cada autor en escenarios diversos (edípico y preedípico), tendrá el mismo efecto: posibilita el surgimiento del sujeto en cuanto tal. Un sujeto que se torna “responsable”, al estar expuesto a una valoración de sí mismo en función de una “conciencia moral”. Conciencia que en su origen se relaciona con la “pérdida del amor”, posibilidad cierta, en la fantasía, si ocurre que la agresividad efectivamente destruye a su objeto. Como una forma de mitigar la angustia concomitante al sentimiento de culpa, Freud propone la emergencia del superyó y Winnicott el ejercicio de metas constructivas que fortalezcan el self. En ambos casos, se sobreentiende el nacimiento de la moral como una especie de frontera entre lo psíquico y lo cultural, cuya utilidad sería encauzar la agresividad humana en patrones socialmente validados. En relación a lo anterior, los autores plantean que será perjudicial, tanto para el sujeto como para su entorno social, la represión inadecuada de la agresividad, pues un impulso agresivo desligado de lo erótico, ejercerá un influjo autodestructivo particularmente intenso, a la vez que podrá proyectarse al exterior configurando la conducta antisocial.

Se enfatiza la relación entre narcisismo y agresividad en la constitución del psiquismo. Ambos autores suponen la asociación entre narcisismo y experiencia de omnipotencia en las fases tempranas del desarrollo. El yo emergerá, efectivamente, de los residuos de este narcisismo primario, a medida que la experiencia de omnipotencia comienza a ceder ante el principio de realidad. Sin embargo, el yo guardará por siempre la impronta de aquella plenitud en que se encontraba fusionado con el ello, quedando signado por el afán de reactualizar aquel estado. Para lograrlo, Freud propone como estrategia del psiquismo la trasmutación del narcisismo primario en ideal del yo o

superyó, y de esta forma, cuando el yo (masoquista) calza con los dictados del superyó (sádico), se activa la libido narcisista produciendo una magnificación del “sentimiento de sí”. Para Winnicott, el self verdadero (que un principio se confunde con el narcisismo) nunca cesará en su función de garantizar la experiencia de “sentirse real”, lo cual estará posibilitado por la capacidad de asimilar su agresividad inherente, transformando aquel impulso en actividad constructiva. Como se puede apreciar, en ambos casos se trata de lograr un sentimiento de sí acrecentado, que recobre en parte el esplendor del narcisismo antiguo. Pero el acicate de esta empresa reparatoria no será sino la culpa, que insta incansablemente por su redención.

Esta tesina se propone como una investigación preliminar, un sobrevuelo inicial por un vasto territorio. Ofrece una visión panorámica de los comienzos, allí donde la psique construye sus cimientos. El valor está en haber iniciado el viaje, pues la imagen del horizonte psicoanalítico del que emergen los planteamientos expuestos, es real y fecunda, lo que evidentemente, dependerá de cada observador. Este horizonte es continuo, y no acaba allí donde alcanza la mirada.

## 10. BIBLIOGRAFÍA

- Bareiro, J. (2011). Análisis, Pulsión y uso de objeto en D.W. Winnicott. *Revista de Psicoanálisis*. Argentina, Tomo LXVIII, N° 2/3. Recuperado de: <http://bibliotecadigital.apa.org.ar/greenstone/collect/revapa/archives/20126823p0415.dir/REVAPA20116823p0415Bareiro.pdf>
- Chagas, R. (2012). La teoría de la agresividad en Donald W. Winnicott. *Perfiles Educativos*. México, vol. 34, n° 138. Recuperado de: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0185-26982012000400018](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-26982012000400018)
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En: *Sigmund Freud Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1992.
- Freud, S. (1915) Pulsiones y destinos de pulsión. En: *Sigmund Freud Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1992.
- Freud, S. (1920). Más Allá del Principio del Placer. En: *Sigmund Freud Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1992.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En: *Sigmund Freud Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores 1992.
- Freud, S. (1924). El problema económico del masoquismo. En: *Sigmund Freud Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1992.
- Freud, S. (1930 [1931]). El malestar en la cultura. En: *Sigmund Freud Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1992.
- Freud, S. (1940 [1938]). Esquema del Psicoanálisis. En: *Sigmund Freud Obras Completas*, Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1992.
- Fromm, E. (1975). *Anatomía de la destructividad humana*. España: Siglo XXI.
- Green, A. (2008). *Jugar con Winnicott*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Green, A. (2014). ¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte? Buenos Aires, Amorrortu editores.
- La Cruz, J. (2013). *La Teoría de la Agresividad en Winnicott*. En: El Gesto Espontáneo, Revista de escritos winnicottianos, [http://www.javierlacruz.com/el\\_gesto\\_espontaneo/?p=108](http://www.javierlacruz.com/el_gesto_espontaneo/?p=108).

- Laplanche J. & Pontalis J. (2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Levin de Said, A. (2004). *El sostén del Ser*. Buenos Aires: Paidós.
- Nemirovsky, C. (2007). Winnicott y Kohut. Nuevas perspectivas en psicoanálisis, psicoterapia y psiquiatría. Buenos Aires: GRAMA ediciones.
- Winnicott, D. (1939). La agresión. En: *El niño y el mundo externo*. Buenos Aires: Lumen-Hormé, 1993, p. 177.
- Winnicott, D. (1950-1955). La agresión en relación con el desarrollo emocional. En: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia, 1981, p. 281.
- Winnicott, D. (1951). Objetos y fenómenos transicionales. En: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia, 1981, p. 313-330.
- Winnicott, D. (1958). El psicoanálisis y el sentimiento de culpabilidad. En: *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Editorial Laia, 1981, p. 13.
- Winnicott, D. (1960). Deformación del yo en términos de un verdadero y un falso self. En: *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Editorial Laia, 1981, p. 179.
- Winnicott, D. (1960). La teoría de la relación paterno filial: En: *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Editorial Laia, 1981.
- Winnicott, D. (1960). Agresión, culpa y reparación. En: *El hogar, nuestro punto de partida*. Buenos Aires: Paidós, 2001, p. 94.
- Winnicott, D. (1963). De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo. En: *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Editorial Laia, 1981, p. 99.
- Winnicott, D. (1963). El desarrollo de la capacidad para la inquietud. En: *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Editorial Laia, 1981.
- Winnicott, D. (1964). Las raíces de la agresión. En: *The child, the family and the outside world*. Cambridge: Perseus, 1987.
- Winnicott, D. (1971). El uso de un objeto y la relación por medio de identificaciones. En: *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa, 1993, p. 119.
- Winnicott, D. (1990). *El gesto espontáneo*. Barcelona: Paidós.

